



SEGUNDA PARTE

I

ERCOLANI

EL nido en que se refugiaron Rosario y Felipe María cuando á éste le ordenaron los médicos completar la curación de su grave herida respirando aires de campo, es una villita, de construcción y fecha reciente, pero, como veremos, de antiguo estilo, enclavada en el pedazo de paraíso que forma la península de Mónaco, ceñida en torno por el cinturón de terciopelo turquí del Mediterráneo. En tan diminuto Estadillo, con su ejército de muñecas que no llega á cien soldados, se reúne más gente rica, antojadiza y desocupada que en los ámbitos de una gran nación; y las quintas y las villas construídas por hábiles especuladores ó por millonarios hartos del mundanal ruido y ansiosos de quietud, son, en su género, obras de arte, realizadas por una espléndida naturaleza que no abruma con su exuberancia como la de los trópicos; un paisaje todo armonía y luz, todo no-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY

bleza de líneas y suavidad de tonos, unas olas y unas playas finas que evocan los sueños claros y ligeros de la Grecia clásica.

La villita se encontraba más próxima á Rocabrana que á la capital de Mónaco, en una de las gentiles escotaduras del golfo de Génova; y si á sus espaldas se extendía, trepando por las vertientes de la montañuela, un bosque poblado de cedros, limoneros, palmeras y olivos, los jardines iban descendiendo por medio de una serie de terrazas escalonadas, hasta la playa misma, anfiteatro de rubia arena, que, como el engaste de un zafiro, cerca una ensenadilla siempre dormida, siempre transparente y azul.

El que había erigido la villa Ercolani—así se llamaba—no era un industrial deseoso de sacar buen rédito al capital invertido, y que por consiguiente emplea materiales de segunda y construye á la malicia, sino un magnate escocés estafalario y lunático, dotado de esa imaginación impulsiva y sin freno que suelen tener los hijos del Norte, cuando gastan el lujo de tener imaginación. Cansado de las nieblas, de las románticas leyendas y los polares inviernos de su dura patria; detestando hasta el nombre de Walter Scott y María Estuardo; jurando que en Escocia no se podía vivir, porque todo se volvían historias de asesinatos y cabezas cortadas; renegando de los melancólicos *lochs* y de aquellos tristes macizos graníticos erizados de picos y cortados por sombríos desfiladeros, de las siniestras bahías y de los áridos valles casi horizontales que ellos llaman *glens*;

entenebrecida el alma por la salvaje rudeza de Caledonia, creyó disipar los negros vapores que la envolvían residiendo en un país que ni tuviese crónicas, ni tradiciones, ni recuerdos; un país joven, apacible, meridional; y para mejor olvidar las brumas y los espectros de la tierra alta, propúsose saturarse de paganismo, según sus manías estéticas, que le proponían como ideal la cultura helénica y latina. En realizar el capricho se gastó bastantes millones el señorón. Viajó por Italia y Grecia; dirigió excavaciones; desenterró ó compró á peso de oro estatuas, columnas, mármoles y mosaicos, y no aprobó el plano de la villa hasta que le pareció digno de su ensueño. El resultado fué maravilloso. Los fragmentos, los restos arqueológicos que en las salas y galerías de los Museos parecen tan fríos y tan descabalados, adquirieron, al destacarse sobre un cielo purísimo, al lucir sobre un intenso fondo de vegetación, todo su encanto peculiar. La columna de alabastro acanalada, con su capitel de intrincadas volutas, se alzó firme y briosa, entre el follaje de los granados y los mirtos. El vaso de rotas asas, con su bacanal esculpida en alto relieve, se completó al engalanarlo una caprichosa enredadera; y el busto de Pan, ó la figurilla de la Ninfa agreste, parecieron vivos y hablaron misterioso lenguaje bajo la tibia sombra de los árboles cubiertos de dorado líquen, ó en el fondo de la gruta donde las peñas rezuman el hilo sutil de agua cristalina.

Con estos despojos de una edad artística,

la villa ganó lo único que falta al ideal país de Mónaco: algo que recuerde el pasado, algo histórico, pero que no evoque memorias de dolor y de sangre, sino de nobleza, poesía y heroísmo.

En memoria del templo de Hércules, que se cree existía donde hoy está Mónaco, el escocés impuso á su locura el nombre de villa Ercolani. El palacio es exactamente una antigua villa romana, con elementos griegos en la ornamentación,—lo cual sucedía en muchas del Lacio—, y tiene una distribución tan bella como racional y lógica, superior á la de las casas modernas, y que apenas se concibe cómo hoy no se restaura. No le faltaba ni su vestíbulo, donde hacían la guardia dos esfinges de jade, ni el desahogado atrio que cerca espaciosa columnata, con el impluvio que recoge el agua llovediza del compluvio, y el terso estanque, donde se supone que el visitador ha de lavarse los empolvados pies; ni el peristilo con otro estanque y otra columnata más fina y gallarda aún que la primera, ni el triclinio con su ninfeo en el centro, mirando al jardín, vista que realza el pórtico y sus cuatro estatuas de bronce, auténticas, encontradas en el lugar donde es tradición que se celebraban los juegos ístmicos, cerca del bosque de pinos consagrado á Neptuno. Delante del pórtico se escalonaban las terrazas, declinando suavemente hacia el mar.

Tenían estos palacios de la gran Roma, sobre nuestros edificios modernos, la ventaja de la respiración. Eran viviendas con pulmones; as-

piraban el aura vital en sus múltiples patios descubiertos, y bebían la regalada frescura de sus estanques y fuentes: aire y agua á discreción. El escocés quiso reproducir fielmente y hasta el último ápice la vida romana, pero ni el mismo Vinckelmann lo conseguiría, pues hay exigencias modernas imprescindibles, y el más clásico no se alumbra hoy con aceite en lámparas de bronce, ni pasea por mar en una birreme con velas de púrpura, de esa forma escultural que se observa en la nao de Caronte. Al que quiere revivir el pasado, siempre habrá algo que le llame al presente con la voz irónica de la realidad.

En el mobiliario, sobre todo, vióse precisado el escocés á transigir con lo que detestaba; no logró, por más esfuerzos que hiciese, por más dinero que derrochase, amueblar la villa Ercolani como podría estarlo la de Horacio ó la de Augusto. Esto trastornó su no muy sana cabeza. Cada nota contemporánea que sorprendía en Ercolani, le causaba accesos de furor. Llegó al extremo de despedir á un criado porque dejó un periódico sobre la mesa de jaspe sostenida en ancas de león de bronce,—de las antiguallas más auténticas que la villa encerraba.—Un día que cierto célebre artista inglés, rival de Leighton, calificó la villa Ercolani de «bonito *pasticcio*,» su dueño pidió el coche, hizo la maleta y abandonó para siempre aquellos lugares donde se dejaba malgastada la mitad de su caudal. Ya casi arruinado por la villa, hundido despues á causa de otros despil-

farros no menos fantásticos y estupendos, hubo de vender por un pedazo de pan la *folie*, y el fondista de Mónaco que la adquirió empezó á hacer buen negocio alquilándola muy cara por dos años á Felipe María Flaviani, para quien acababa de descubrir aquel verdadero tesoro Sebastí Miraya, el periodista.

La luna de miel de Rosario y Felipe era llena, radiante, deliciosa: tenía el aroma y la forma perfecta de una de las aureas naranjas que con la mano podían cogerse desde las gradas de amarillento mármol lesbio del pórtico. Habían llegado á Ercolani de una sentada desde París, sin querer detenerse en Ventimiglia ni en Niza, haciendo el viaje con las manos asidas y los ojos en los ojos, sonriendo sin querer, en el transporte de una dicha de esas que no se miden. Hasta que descansaron en la villa, no se dieron cuenta de lo que les pasaba, ni paladearon gota á gota la impresión, realmente inefable para los enamorados, de encontrarse juntos, solos y lejos del universo. Nadie como ellos podía apreciar el valor del apartamento; venían deseosos de huir, no tanto de la gente, cuanto del ruido. La gente, desde el momento en que Rosario, con ciega intrepidez, se instaló á la cabecera de Felipe moribundo, fué despedida en la antesala por el inteligente Adolfo, que, al aliciente de las propinas de Miraya, supo dejar con un palmo de narices á los curiosos, á los noticieros de periódico, y hasta á los amigos de Felipe, sin más excepción que Yalomitsa, y, por supuesto, Miraya también; Miraya, que

aprovechó aquella desgracia para crearse un puesto propio en la casa de Felipe y en la intimidad de Rosario, á quien ayudó en la asistencia, velando como ella todas las noches. De lo que deseaban emanciparse era del bullicio parisiense, del vértigo de una populosa capital, y de aquella repentina celebridad de sus amorios, compuesta de todos los elementos de ironía, escepticismo, curiosidad malévolá y fingido interés,—lo que más hiere y lastima el corazón.—Estorbábales también en París la sombra de Jorge Viodal, desesperado, enfermo, y, por último, fugitivo. El pintor había acabado por irse á Mallorca, no pudiendo soportar la vergüenza y el dolor de que su sobrina habitase bajo el techo de Felipe, y el remordimiento de haberla impelido á este paso hiriendo al joven Flaviani. Mensajes y cartas fueron inútiles para conseguir que Rosario volviese á su hogar: estaba resuelta á no moverse del lado de Felipe, y así se lo hizo saber á su tío en terminantes palabras. Convencido ya Viodal de que no salvaría á Rosario, levantó la casa y desbarató el estudio. Acrecentaba su perenne tristeza la vista de los «Cuatro elementos» abandonados desde que la chilena faltaba de allí; las flores secándose, los peces subiendo muertos, panza al aire, á la superficie del acuario; las aves con el bebedero vacío, y hasta el fuego mal encendido, con leña verde. Antes Rosario cuidaba de los menotes detalles, vigilando é inspeccionando á encargados y sirvientes, y ahora el pintor, á las preguntas de éstos, sólo contestaba encogiéndose

de hombros, como si dijese: «Todo me es igual. Ya puede llevarse el diablo.» — Al fin, en uno de esos saltos repentinos de la voluntad exasperada por un constante suplicio, Viodal cortó las tradiciones queridas de su existencia, y vendió cuanto adornaba el taller: la ninfa del acuario, la soberbia chimenea, los tapices, hasta las flores... Fueron llevándose poco á poco aquellos objetos familiares que cada uno encerraba mil recuerdos, y había recogido, por decirlo así, el amaño ambiente de Rosario. Sin más equipaje que sus pinceles, dejando el famoso cuadro de la *Crucifixión* enrollado en la boardilla, donde depositó unos cuantos muebles que no pudo vender, Viodal salió de París y se embarcó para las Baleares, donde esperaba domar con el ejercicio y anestesiar con el aire libre esa inquietud punzante que nos impulsa á mudar de sitio sin mudar de dolor.

Fué la retirada de Viodal anterior á la mejoría decisiva y completa de Felipe. Aun yacía éste en la meridiana, sin fuerzas, ojeroso, demacrado y con los labios pálidos, cuando el pintor abandonó á París. Al reponerse Flavianí, al cicatrizarse su terrible herida, al empezar á dar algún paseo en coche por las calles del bosque de Bolonia, que ya herloseaba la primavera, supo la desaparición de su vencedor y rival. Observó á Rosario y no vió en sus ojos ni sombra de pena cuando contó Yalomitsa cómo habían sido dispersados los «Cuatro elementos». Era, sin embargo, el ayer de la chilena, lo santo de su vida, lo alegre y lo puro de su juventud,

eso que algún comprador desconocido y antojadizo acababa de llevarse en el cáliz de una rosa ó en la pluma de un pájaro... A los dos minutos, Rosario charlaba y reía, sin aludir á la conversación pasada.

II

INSTALACIÓN

CUANDO Felipe María, al abrir los párpados después de un largo desvanecimiento, había visto á Rosario á su cabecera, no sintió extrañeza: parecióle natural que la chilena estuviere allí, cogiéndole la mano lo mismo que una madre. Desde el primer momento, sus injuriosas presunciones se desvanecieron: la lucidez que a veces acompaña á las proximidades de la muerte le descubrió en el rostro de la chilena, en su actitud, en su voz,—en un no sé qué imposible de definir—, la verdad de su inocencia y el noble móvil de sus actos. Rosario, arrodillada, balbuciente, pedía perdón; no el que piden los criminales, sino otro *perdón*, el que solicita el alma enamorada cuando hace daño sin querer, el que angustiosamente pedía Viodal al dar á Rosario la noticia de la herida de Felipe. Rosario se creía culpable de que Felipe estuviere á las puertas de la sepultura. Era ella, su obstinado silencio, su incomprensible abandono, lo

que había ocasionado aquella desgracia tan grande. ¡Ah! ¡Que Felipe viviese, y Rosario pagaría su deuda!

Con energía juvenil y apasionada, de que solo pueden dar idea las abnegaciones de las razas jóvenes, en que todavía se encuentran casos de adhesión incondicional y en que las relaciones de dependencia de la mujer al hombre toman forma de religioso entusiasmo, Rosario se consagró á amparar con la mano la débil llama de vida que aun conservaba Felipe. Asistencias como aquella se habrán visto pocas. Los médicos se asustaban de encontrar á Rosario siempre de pie, despierta, infatigable, contando los minutos para administrar la posición ó el alimento. La herida, que había rozado el pulmón, podía presentar complicaciones graves, lesiones que, conjurado el primer riesgo, trajesen la neumonía aguda ó la tisis. La existencia pendía de un sutil cabello; cualquier descuido era mortal. Rosario se interpuso entre Felipe y la muerte, dispuesta, como la heroína del cuento de Andersen, á dar sus ojos, su hermosura, su alma, para rescatar la presa.

Así que Felipe fué dejando de ser el moribundo á quien la menor emoción, la menor sacudida puede llevar derecho á la fosa; así que recobró fuerzas, Rosario sufrió otra transformación. Desapareció su familiaridad, la sencilla confianza con que entraba y salía en la habitación del enfermo, la ternura casi maternal con que le acariciaba la cabeza, pasándole la palma

por las sienes y enjugándole el sudor de la calentura. Hízose recelosa y reservada; desvióse sin querer, echándose atrás con una especie de pudorosa rebeldía, que se acentuaba á medida que volvía la salud al cuerpo de Felipe. Cuando entraba alguna visita, cuando Miraya, desde la puerta, saludaba á Rosario con una especie de forzado respeto, la chilena se retiraba á su cuarto, roja de confusión, y allí desahogaba los sentimientos provocados por el combate entre una resolución irrevocable y la resistencia de un alma honrada y altiva á consumir el sacrificio del honor. Resuelta, lo estaba firmemente; de Felipe María era su vida, desde la hora en que estuvo á punto de costársela. De Felipe María: y ni podía ser de otro, ni servir para otra cosa; y si la idea de vivir con Felipe fuera de la ley la quitaba el sueño y atirantaba sus nervios, la del casamiento un tiempo proyectado sublevaba su orgullo. Esposa de Felipe María Leonato, obstáculo á su engrandecimiento y á su porvenir... nunca. Hay una solución para todo destino; hay un modo de resolver todo conflicto, y no lo ignoraba Rosario; tenía la solución en reserva para el caso extremo. Pero mientras nos anima el vigor de la juventud, la muerte parece, por decirlo así, cosa *imposible*, algo que no ha de llegar á realizarse nunca, *inefectivo*, sin consistencia, mientras la vida desarrolla horizontes y perspectivas tan amplias, que un día puede encerrar lo infinito. Rosario soñaba con Felipe una dicha muy grande, pero en el umbral de esa dicha retrocedía espantada.. Se renuncia a la

fama, á la honra, al respeto del mundo, y se defiende, sin embargo, la vergüenza, último velo del alma, jamás desgarrado sin que tiemble y sufra la mujer...

Felipe María comprendió el estado moral de Rosario. Supo apreciar aquella delicadeza de sentimientos, que aquilataba la esperada ventura. Sano, pero débil aún, ya nervioso, ya abatido, sintió á su vez deseo de envolver en el misterio y proteger con la distancia la felicidad. Repugnábale verse encerrado en un rincón de París; detestaba oír las rodadas de los coches y los gritos de los muchachos voceando los periódicos; le irritaba, á veces hasta el paroxismo, la diaria visita de Miraya y la continua presencia de Yalomitsa—aunque éste trataba á Rosario como á una diosa.—Apenas Miraya, encargado de buscar un retiro campestre, hubo descubierto la Ercolani, al anochechar, sin que lo sospechase ni Dauff (el espionaje y la indiscreción reporteril en persona), tomó el tren en compañía de Rosario, y al amanecer de aquella primera noche que pasaban juntos sin que Rosario velase por atender á un enfermo, se bajaban en Rocabrana, y su coche los recogía y los dejaba a la puerta de la villa, extasiados como niños en una comedia de magia.

Sebasti Miraya, al hacer el viaje de Mónaco para descubrir una residencia tan ideal, no había perdido el tiempo. Los tres ó cuatro meses de París, el «barro á mano» que venía de Dacia, habían producido en Miraya una transforma-

ción curiosa y digna de notarse. Ya no era el mal trajeado que vimos en el primer capítulo de esta narración: Dauff, especialista en la propaganda de costumbres parisienses, se había encargado de «desengrasarle» y arreglarle y vestirle como corresponde. Si en esto tuvo mal discípulo, y si el incorregible abandono y los gustos plebeyos de Miraya le mantuvieron fiel á las corbatas chillonas y á los guantes baratos, y reñido con el baño y con las exquisitas minucias del aseo personal, salió en cambio aprovechadísimo alumno en todo lo que es ciencia social y discernimiento de gentes: su inteligencia clara y aguda le hizo enterarse pronto de mil cosas de actualidad y mundanismo, necesarias para brujulear en el océano de París. No dejándose embelesar por este sabroso estudio, lo refirió exclusivamente á la causa felipista, para la cual reclutó prensa y adeptos, trabajando sin cesar y haciendo labor fina cuando gestionaba la aparición de un retrato de Felipe María en una Ilustración, ó su caricatura en uno de esos periódicos humorísticos y ligeros de ropa que se venden en los kioscos. Por estos medios la causa de Felipe había ido popularizándose, según los vaticinios de Dauff. El dinero hábilmente distribuido, se convertía en artículos, en sueltos, en vistas de Dacia, en unas carterillas blancas y rojas que se llamaron *Felipes* y en que se hizo de moda guardar las tarjetas: detalles que en París crean atmósfera favorable á una causa política. La noticia del desafío de Felipe María y de su herida divulgó

su fama; el pueblo dacio, cuyo ideal es todavía el valor y el desprecio de la vida, como sucede en toda nación que lucha por su independencia, celebró como una gracia del príncipe heredero el duelo á muerte; y Miraya, con oportunidad, hizo correr la voz de que el lance tenía por motivo unas palabras injuriosas contra los patriotas dacios, desmintiendo la versión oficial, propalada por Nordis, de que se trataba de faldas. ¡Las faldas! Era lo único que desesperaba á Miraya... las faldas malditas, el dulce obstáculo atravesado en el camino que se había propuesto recorrer. ¡Ah! ¡Si no fuese por Rosario! Rosario lo echaba á perder todo. Miraya recontaba los daños causados por la chilena y su funesta acción sobre el destino de Felipe. No era la bailarina muerta, era la mujer viva la culpable. En primer lugar, la rotunda negativa á las proposiciones de los emisarios; en segundo, el choque con Viodal, que por poco les deja sin príncipe; en tercero, el escándalo europeo fruto de este lance, que tal vez enfriaría las buenas disposiciones de la princesa de Albania, tan gozosa al adornar su retrato con el lacito blanco y rojo. ¡Rosario! La mancha negra del felipismo; la sombra que eclipsaba su estrella. ¿Qué hacer para librarse de su desastroso influjo?

—Nordis—pensaba Miraya en momentos de violenta irritación—no tropezaría seguramente en esto que yo tropiezo. Nordis... ¡ah! Ese... Ese es expedito... Ese emplea recursos que... ¿No fué él quien enseñó á Viodal la estocada

maestra, el golpe á la italiana, que decidió el resultado del desafío... y que á poco más?... Pero Nordis tiene guardadas las espaldas: el duque Aurelio le sacará adelante por mucho que se comprometal... Nosotros estamos en distinto caso... ¡Si se nos van los pies!...

Estas reflexiones sepultaron á Miraya en meditación profunda. Sus ideas iban y venían como olas; pero consiguió dominar aquel extraño estado psicológico, rechazar ciertas visiones que se le presentaban, insinuantes y tenaces, y llegar á una conclusión más apacible y más acorde con el respeto á las leyes de Francia, que ponen á salvo la seguridad y la vida.

— Sin duda la situación es mala— concluyó— pero las he visto peores. Y aquí, Miraya, es donde vas á probar tu destreza. Tienes tres objetos: separar á Rosario de Felipe; preservar á éste de otra asechanza de Nordis, y lograr que en Dacia la opinión se divida, y que muchos consideren este episodio como un pecadillo de la juventud. Separar á Rosario de Felipe... es por hoy imposible. Pero en cambio... después del paso que ha dado esa sirena... me parece que se ha cerrado para siempre la puerta del matrimonio. En eso ha sido poco hábil. Si aspiraba á bodas... anduvo torpe. ¿Qué razón hay ya para que se casen?... Esto hemos ganado... Contratiempo por contratiempo, prefiero la estocada de Viodal al casorio con su sobrina... Y, puesto que estamos en plenitud de amor, que huyan, que se retiren, que agoten pronto

la copa, que descubran su fondo... Yo les buscaré un asilo; malo será que no lo encuentre, y á mi gusto; pero ha de ser algo que *les acerque á Dacia*; un país donde la libertad de fronteras y la afluencia de viajeros haga que no se note la llegada de un agente, y donde, lejos de este torbellino de París, me sea fácil vigilar, descubrir las emboscadas de Nordis, si las hubiese, que las habrá de seguro... Mientras crean á Felipe entretenido con su novela de amor, le dejarán en paz... ¡Ahl! ¡Con tal que á nuestro augusto monarca y señor no se le ocurra morir antes que Felipe se canse de Rosario!... ¡Antes que la calaverada haya abierto brecha en su fortuna!

Estos pensamientos decidieron á Miraya á convertirse en aposentador é intendente de los enamorados. A propósito hizo las cosas en grande: no sólo pagó por la villa Ercolani, sin regatear, lo que le pidieron, sino que buscó para Felipe María un servicio digno de sus ínfulas de príncipe, y montó cuadras y cocheras, aprovechando las lecciones de Dauff, con regia espléndidez. Entre la servidumbre colocó á dos dacios de toda su confianza: uno en funciones de cochero, otro en las de mayordomo ó despensero, que tenía bajo su vigilancia al jefe y á los pinches. La instalación era fastuosa hasta rayar en insensata, pero Felipe María, con el engrimiento del amor, que hace olvidar las consideraciones del orden práctico, lo aprobó todo, todo lo encontró de perlas, y, sin rechistar, dió á Miraya letras contra su banquero en Pa-

rís, ordenando además á éste que abriese crédito en Mónaco, á fin de no tener ni la molestia de escribir pidiendo remesas de fondos cuando hiciesen falta. Así se establecieron los enamorados en la Ercolani.

III

ODA DE HORACIO

A CIERTAS horas del día, sobre todo en las primeras de la mañana y en las que preceden á la puesta del sol, la poesía de la Ercolani era indecible. Antes que el sol picase fuerte, la frescura y pureza del aire, aliento vital de la madre Venus, blando céfiro que sale de un baño de rocío sacudiendo las alitas, prestaba tonos rosados á las estelas de alabastro y á los bustos de mármol, y recordaba la serenidad luminosa de la atmósfera ateniense, que, según dicen, parece manar leche y miel. A medio día los fragmentos antiguos, caldeados y como estremecidos por el sol, halagados por los efluvios de amor esparcidos en el ambiente, revivían una vida singular, y las ninfas sonreían á los nervudos faunos, y los amorcillos tenían en sus pedestales actitud de impaciencia, ansiosos de volar, de beber la cálida atmósfera y la esencia de las rosas, violentamente profanadas por abejas y moscardones. A la tarde, con las primeras y refrigerantes brisas del mar, que subían impreg-